

EL CARÁCTER TERAPÉUTICO DE LA FILOSOFÍA Y EL ARTE

Hume, Nietzsche, Wittgenstein, relevantes figuras de la filosofía moderna y contemporánea, asignan al pensamiento filosófico una tarea fundamental: la crítica, el análisis del lenguaje; tarea que conlleva para estos autores una función terapéutica, es decir, una tarea de cuidado, de atención¹ de la crisis, entendida ésta como resultado de la confusión y enredos en que sume el lenguaje al pensamiento humano, y para resolver lo cual es necesario analizar, discernir y juzgar la naturaleza de las palabras que expresan dicho pensamiento, así como también la capacidad de las facultades de conocimiento humanas, los alcances que éstas tienen.

Precisamente, Hume hará hincapié en el carácter limitado y la falibilidad de las capacidades cognitivas del hombre, para señalar la imposibilidad que éste tiene de conocer lo que esté más allá de la experiencia, lo que está fuera del mundo empírico. Hume y Wittgenstein hablarán de la actitud pretenciosa de la razón humana que se lanza allende sus límites creyendo que es capaz de conocer entidades transempíricas, elaborando, en consonancia con esa aspiración, ideas abstractas, conceptos universales -tal como lo ha hecho siempre la tradición metafísica- olvidando, de este modo, lo particular, lo individual, concreto e inmediato, objeto de aprehensión sensible, que es lo único que efectivamente se puede conocer. Hume y Nietzsche cuestionarán “ese ímpetu por lo general y el consiguiente desprecio por lo particular, característico de la tradición metafísica”.²

Para Nietzsche, a través de las palabras no se puede llegar a la verdad; el lenguaje racional y lógico jamás podrá llegar a la “cosa en sí”, la verdad pura es inalcanzable para este lenguaje que sólo puede referirse a las relaciones del hombre con las cosas y con sus semejantes, y esto, incluso, de modo metafórico tan sólo, pues el conocimiento no es sino el resultado de un doble proceso de metaforización. Una primera metáfora la constituye la imagen en la que se convierte la impresión nerviosa que provocan los objetos en el sujeto; luego, la imagen es traducida en una palabra, que es una segunda metáfora. De este modo, “no poseemos (...) más que metáforas de las cosas que no corresponden en absoluto a las esencias primitivas.”³ La metáfora, oculta y disimulada en el concepto, que muestra lo invisible a través de lo visible -sin que esto signifique que lo no visible sea la verdadera realidad, la realidad última o nouménica- no tiene un carácter necesario, el ineludible proceso de extrapolación entre las dos esferas distintas del sujeto y el objeto es producto de la invención, es una creación humana. A este

¹ Así lo indica la etimología del término “terapia”.

² MAIDANA, Susana. “El papel terapéutico de la Filosofía. Interpretación y vigencia del pensamiento de David Hume.” Artículo, p. 5.

³ NIEZTSCHKE, Friedrich y Hans Vaihinger. *Sobre verdad y mentira*. Trad. Luis M. Valdés. Madrid, Tecnos, 1990, p. 23.

hecho es al que Nietzsche denomina *conducta estética*, pues el hombre, para conocer, está obligado a *inventar, imaginar, crear*.

Los conceptos, entonces, resultado de un complejo proceso de mediatización a través de metáforas entre el sujeto cognoscente y la realidad, conllevan una generalización, aluden a todas las posibles impresiones –jamás idénticas– que se asemejen a la experiencia singular y concreta que constituye su origen, lo que permite concluir que el conocimiento que encierran es sumamente incierto. El contenido semántico de los conceptos omite lo individual, lo concreto y real, y de ninguna manera expresa la esencia de las cosas, y por ello es imposible para el hombre conocer la verdad absoluta, la cosa en sí; la misma es completamente inaccesible, incognoscible, al menos a través de los conceptos.

Como observa Julio Quesada, retomando a Nietzsche, las metáforas intuitivas y originarias, a fuerza de ser repetidas en el discurso usual a través de las palabras, se petrifican, pierden su fuerza sensible, y los conceptos, derivados de aquéllas y expresados en vocablos, también ven desvirtuado su significado al desvincularse de su origen sensorial y concreto.

La producción metafórica, por otra parte, no es totalmente libre, dado que no puede ir más allá de los límites que le imponen las formas *a priori* del espacio, el tiempo y el número, las cuales ordenan el “«fogoso torrente primordial» compuesto por una masa de imágenes que surgen de la «capacidad originaria de la fantasía humana»”.⁴ Además de ser organizadas por tales formas *a priori*, las metáforas son subsumidas en los esquemas o conceptos que elabora la razón, los cuales ejercen un control racional sobre la abigarrada multiplicidad de las impresiones sensoriales, actuando como diques de contención, como moldes fijos y definitivos, frente al constante cambio, al permanente transcurrir y sucederse de hechos diversos que se dan en lo real y que son percibidos por los sentidos.

Continuando con el pensamiento de Nietzsche, para el mismo, el mundo de las impresiones intuitivas es como agua en movimiento, es un terreno inestable sobre el cual el hombre, con su extraordinaria capacidad constructora, eleva el gran edificio de los conceptos, sostenido por el rigor y la rígida regularidad de las matemáticas presentes en la lógica que sustenta la organización de aquéllos. Efectivamente, el modelo geométrico –basado en el pensamiento lógico-matemático y en la deducción– en el que se apoya el desarrollo y sistematización de las ciencias naturales, fundamentalmente, y que ha sido utilizado desde Descartes –uno de sus principales representantes– para la explicación científica del mundo, es concebido por Turbayne como «una máscara colocada sobre el rostro de la naturaleza»⁵, un disfraz que se fue perfeccionando desde Pitágoras a Newton. Descartes no hizo sino extrapolar el lenguaje de la geometría a todos los ámbitos, emplear sus fórmulas y sus conceptos para explicar cualquier esfera de la realidad, o sea, representar de modo geométrico tanto los hechos

⁴ QUESADA, Julio. *Un pensamiento intempestivo; ontología, estética y política en F. Nietzsche*. Barcelona, Anthropos, 1988, p. 167.

⁵ TURBAYNE, C.M. *El mito de la metáfora*. s/l, FCE, 1962, pp. 75 a 81, citado por QUESADA, Julio. Op. cit., p. 173.

del mundo natural como los del mundo humano. Es así cómo las teorías y secuencias algorítmicas -inscriptas dentro del paradigma geométrico-mecanicista-, auténticas metáforas con pretensiones explicativas extendidas a toda la realidad, fueron identificadas con las cosas de las que eran símbolo. Como señala Turbayne, los científicos modernos, obnubilados por la metáfora que crearon en el intento de explicar lo real, “tomaron la máscara por el rostro”, legando en consecuencia a la posteridad más que una concepción del mundo, un nuevo mundo construido con símbolos y conceptos matemáticos.⁶

El sujeto cognoscente olvida, posteriormente, que el origen de las estructuras racionales se halla en las impresiones sensibles, cambiantes y fugaces, creyendo que en ese mundo conceptual se aloja la verdad, una verdad que no es sino engaño, ficción –tal vez muy elaborada y muy bien fundamentada-, una telaraña de ilusiones que aquel sujeto no reconoce como tales, pues ha olvidado su verdadero origen en las sensaciones y en el doble proceso de metaforización. El endurecimiento y petrificación de las metáforas en los conceptos es el resultado de la repetición del mecanismo de extrapolación ya mencionado –de las sensaciones a imágenes y de éstas a palabras- que se ha repetido a través de infinidad de generaciones, si bien dicho mecanismo, por otra parte, en absoluto garantiza la necesidad de tales metáforas, las cuales, además y en razón de este proceso, van perdiendo, igual que los conceptos, fuerza significativa.⁷

El pensamiento conceptual, como se ve, crea una especie de caparazón que envuelve la realidad, al mismo tiempo que la hace ingresar en sus rígidos moldes. Este pensamiento, desde las primeras etapas del desarrollo cultural, ha sido expresado mediante el lenguaje ordinario o natural⁸. En un grado más avanzado de evolución cultural, la capacidad cognoscitiva humana producirá la ciencia, que empleará el “gran *columbarium* de los conceptos, necrópolis de las intuiciones”⁹ para construir un “colosal andamiaje”, un desmesurado edificio con nuevas y más elevadas celdas dentro de las cuales el científico introduce el mundo empírico, al que ordena según los principios lógicos y las más rigurosas pautas de verificación y validación. La gigantesca construcción conceptual que lleva a cabo la ciencia es como un “edificio hecho (...) de telarañas, suficientemente liviano para ser transportado por las olas, suficientemente firme para no desintegrarse ante cualquier soplo de viento.”¹⁰ Los materiales con que ha sido levantado este edificio –metáforas, metonimias y conceptos- son eminentemente antropomórficos, es decir, productos de la invención humana, y son los medios a través de los cuales el hombre *interpreta* la realidad, pero sin tener la seguridad de llegar a conocerla en su verdad más profunda o esencial. ¿No sería acertado pensar que la abstracción que conduce a los conceptos y que aleja al pensamiento del mundo real, de las cosas concretas y singulares, ha

⁶ Cf. QUESADA, Julio. O. cit., p. 174.

⁷ Cf. NIEZTSCHÉ, Friedrich y Hans Vaihinger. Op. cit., pp. 2, 26,27, y QUESADA, Julio. Op. cit., p. 164.

⁸ Recuérdese que los conceptos se expresan en términos o palabras.

⁹ NIEZTSCHÉ, Friedrich y Hans Vaihinger. Op. cit., p. 33.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 27.

llevado con frecuencia al saber científico a trabajar en un mundo artificial encerrado dentro límites estrictos y predeterminados por la tradición o por los paradigmas reinantes, con lo cual el avance hacia la verdad se ha visto en muchos casos entorpecido por serios obstáculos?

Sólo la extraordinaria capacidad de inventiva del hombre, le ha permitido al mismo seguir nuevos derroteros que han hecho posible el progreso de la ciencia y de otros ámbitos de la cultura. Tal capacidad creativa por la cual genera, entre otras cosas, metáforas y conceptos mediante los que se vincula con el mundo y los demás hombres, proviene en gran medida de la imaginación, facultad esencial constitutiva de la estructura antropológica humana. La imaginación y la fantasía están en permanente actividad y crean la necesidad del ‘impulso metafórico’ que hace posible renovar de tanto en tanto los conceptos; pues es evidente que los sistemas conceptuales no son definitivos, sufren cambios o pierden vigencia, siendo reemplazados por nuevas construcciones.

La imaginación, para Castoriadis, se halla en la base de todo tipo de pensamiento y es una de las más elevadas facultades del hombre que le permite a éste combinar imágenes e ideas y cuyos resultados suelen ser invenciones fecundas, novedades verdaderamente originales, las relevantes o inusitadas producciones del arte y de la ciencia. Su fluir representativo ingobernable, desenfrenado, ilimitado y disfuncionalizado, es decir, desvinculado de la pura satisfacción biológica, es una de las fuentes principales de los descubrimientos científicos y el origen primordial de las grandes creaciones artísticas.

No obstante esto, la estricta regularidad lógico-matemática del mundo conceptual, sobre todo cuando éste se vuelve rígido o se petrifica, termina asfixiando la originaria capacidad imaginativa, la cual busca entonces nuevos cauces por donde desplegarse. Estas otras vertientes son la del pensamiento mito-poético y la del arte.

Cada tanto, en virtud del impulso creador y destructor a la vez, que substancialmente constituye al hombre, éste transforma o reconstruye los sistemas de conceptos anquilosados o inadecuados para seguir vinculándose con la realidad, pues se siente llamado por la imperiosa necesidad de responder a las nuevas y agudas intuiciones que se le presentan acerca de la realidad en la cual se halla inmerso y que está en permanente cambio. Se produce entonces un retorno a las fuentes intuitivas y metafóricas de los conceptos, pues se necesita generar lo nuevo, es decir, nuevas metáforas portadoras de nuevos significados que sustituyan a las ya gastadas o disecadas. El poderoso genio constructor que habita en el hombre necesita ‘airear’ los sistemas conceptuales inventando conceptos diferentes que, aunque de modo imperfecto, expresen las renovadas y lúcidas intuiciones que va experimentando acerca de lo real.¹¹ Las intuiciones, con frecuencia hacen enmudecer al sujeto que las experimenta, dejan a éste extasiado o, incluso, pueden llegar a horrorizarlo, al darle acceso a territorios desconocidos, a ámbitos jamás imaginados; esto hace que el lenguaje conceptual no sea apto para expresarlas acabadamente, por lo que debe recurrir entonces a otros sistemas simbólicos: la música, las

¹¹ QUESADA, Julio. Op. cit., pp. 168-169.

formas del arte plástico, la poesía, la danza, o bien emplear metáforas prohibidas o concatenaciones conceptuales jamás oídas, con todo lo cual este ser impelido irrimediablemente por su fuerza creadora intenta “corresponder de un modo creador, aunque sólo sea mediante la destrucción y el escarnio de los antiguos límites conceptuales, a la impresión de la poderosa intuición actual”¹², intuición de cuyos contenidos el creador o el artista se hallan grávidos, pletóricos y necesitados imperiosamente de exteriorizarlos, plasmarlos en algún tipo de soporte capaz de recibir la impronta de un lenguaje simbólico.

No son suficientes, entonces, para dar cauce a los impulsos creadores, los productos de la racionalidad lógica. No bastan tampoco para el vivir, para las diversas inquietudes e intereses de la vida entendida en forma integral, los conceptos, que Aristóteles deriva de la abstracción y que Hume –a partir de un minucioso análisis introspectivo- atribuye a una generalización de las ideas; por ende, tampoco satisface todas las necesidades de la vida humana el conocimiento lógico-científico. No todo está explicado ni todo está dicho cuando ha sido explicado y expresado en las formulaciones de la ciencia. Ésta no llega a verdades últimas y definitivas, a sentidos trascendentes y pregnantes, de los que está ávida el alma humana. No hay por qué otorgar, entonces, al saber científico-racional la investidura honorífica de ser la instancia de la última palabra en cuanto al conocimiento de lo real, en cuyos diversos campos sólo puede realizar incursiones o aproximaciones más o menos certeras, más o menos profundas.

Por estos motivos, se piensa, desde la perspectiva de este trabajo, que, ante las insuficiencias que revela la ciencia para resolver todos los problemas de la vida humana, no sólo la filosofía, sino también el arte, pueden cumplir una función de capital importancia, que se ha dado en llamar *función terapéutica*, o también, *función salvífica*. Pero esta tarea puede ser concretada por la actividad filosófica no sólo por el hecho de poner en evidencia las confusiones que provocan las palabras y los conceptos, las abstracciones de la metafísica tradicional, como lo han hecho las distintas teorías que se han sucedido desde Hume en la línea de la crítica del lenguaje; sino porque –yendo más allá de las corrientes analíticas- la filosofía, entendida como sabiduría, puede desempeñar un papel fundamental en la existencia del hombre, sobre todo en la época actual.

Esta forma de filosofía que desde los primeros tiempos, desde la antigüedad griega, tenía que ver con la vida humana de modo integral, que a la vez que ser un saber profundo acerca de los fundamentos de lo real era también un “arte de vida”, un camino para vivir en armonía consigo mismo y con el mundo, un camino de liberación interior y de auto-perfeccionamiento; esta filosofía como *saber sapiencial*, que ha sido desplazada en gran medida en la cultura occidental por la filosofía académica, eminentemente especulativa y teórica –que nada tiene que ver con un sistema global de vida-, es producto, más que de la sola razón, de la *intuición* o visión lúcida y directa de «lo que es». Esta visión no es irracional sino superracional y se conjuga con la razón, que actúa como correctivo y como factor vinculante y explicativo de lo

¹² *Ibíd.*, pp. 36-37.

que ha sido captado de modo inmediato. Más aún, la intuición, cuando es genuina, da fuerza y eficacia al razonamiento y halla espontáneamente palabras o cualquier otro medio de expresión. Como señala Mónica Cavallé, “cuando se tiene la visión, las palabras surgen (...) afloran [en el sabio] con inusitada fuerza, de modo fresco y renovado.”¹³

El filósofo que no es sabio, el filósofo sin sabiduría, presta atención fundamentalmente a las palabras, se ocupa predominantemente del lenguaje o de temas que rozan la superficie de las cosas y de la existencia humana; pero entonces, cuando lo que interesa es sólo hallar las palabras adecuadas, analizarlas minuciosamente, ver si tienen correlato empírico o no, si expresan abstracciones o hechos concretos, y cosas por el estilo, tales palabras dejan de ser el canal expresivo de intuiciones reveladoras, del conocimiento sapiencial acerca de las *ultimidades* de lo real, y acerca de la interioridad de cada individuo; el discurso, por consiguiente, se vuelve opaco y estéril, y carente de toda posible función orientadora, vivificante o terapéutica.

En este sentido, la autora mencionada se expresa de una manera que merece ser transcrita:

Estamos saturados de ideas y palabras, pero vacíos de ser, de realidad, y carentes de referencias de integridad. Este vacío de nuestra civilización sólo se solventará cuando en ella la sabiduría se constituya de nuevo en referencia del conocimiento (...) cuando el sabio vuelva a ser en ella una figura central: quien dé la medida del hombre verdadero.¹⁴

Cuando el filósofo se ocupa de ideas o de teorías que no encarna, que no *vive*, con las cuales no está substancialmente comprometido, ideas o teorías que no han contribuido a su desarrollo pleno como persona, a su perfeccionamiento intelectual, moral y social, a alcanzar un sentimiento de plenitud humana, no aporta nada interesante, no dice nada que resuene hondamente en el alma de los demás hombres. Sus palabras son meros sonidos vacíos de *ser*, de fuerza vital, de referencias –a lo trascendente, a la felicidad, al sentido de integración y armonía con el Universo, etc.- que más que nunca hoy necesita el hombre de las sociedades burocratizadas, capitalistas y tecnocráticas, el hombre cautivo del mundo del trabajo, de la urgencia de los tiempos por cumplir, de la planificación, de la racionalización, de la tecnología. Porque, efectivamente, el mundo actual, dominado por los intereses de una economía mercantilista y monetaria, por el cientificismo, por la informática y la tecnocracia, se ha convertido en una “jaula de hierro”, en una verdadera prisión en la que los destinos humanos de grandes sectores están determinados y rigurosamente insertos en una red de obligaciones, controles y mecanismos administrativos que supervisan y regulan todos los aspectos de la vida.¹⁵ Como dijera Luypen, los problemas existenciales que plantea al hombre la sociedad

¹³ CAVALLÉ, Mónica. *La sabiduría recobrada; filosofía como terapia*. Buenos Aires, Planeta/Martínez Roca, 2006, p. 73.

¹⁴ *Ibid.*, p. 73.

¹⁵ Cf. BERMAN, Marshall y otros. *El debate Modernidad / Posmodernidad*. Comp. y Pról. Nicolás Casullo. 5ª ed. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 79.

posindustrial, economicista y tecnocrática, son en gran parte de naturaleza filosófica y sólo desde la filosofía se pueden intentar soluciones.

La otra esfera con la que se conecta la intuición es la del arte, cuyas producciones, según las ideas de Nietzsche, transfiguran lo horrible y absurdo de la realidad, sus aspectos más oscuros, ingratos y desapacibles en imágenes ideales, en formas sublimes, excelsas, vivificantes, que vuelven más aceptable la vida. El arte ayuda al hombre a sobrellevar las situaciones desagradables y desgraciadas, a convivir con los lados sombríos de lo real.

El autor de *Humano, demasiado humano* alude en esta obra a los poetas como a aquéllos artífices de la palabra que intentan aliviar la vida del hombre, desviando “su mirada del penoso presente”, o bien, procurando revestir a éste de nuevos colores, aunque estos medios sean temporarios, pues “corrigen y curan tan sólo de pasada, sólo por el momento”.¹⁶ En el mismo texto, dice Nietzsche:

Los efectos más nobles del arte producen una resonancia de las cuerdas metafísicas largo tiempo enmudecidas, incluso rotas, cuando, por ejemplo, en cierto pasaje de la Novena Sinfonía de Beethoven, [el espíritu] se siente volar por encima de la tierra, dentro de una cúpula de estrellas, con el sueño de la inmortalidad en el corazón: todas las estrellas parecen centellear en torno de él y la tierra descender cada vez más profundamente.¹⁷

En efecto, introducirse en el mundo del arte es alcanzar, aunque sólo sea por breves momentos, lo maravilloso, lo culminante, lo que desarraiga al hombre de la tierra para elevarlo en suave cadencia hacia mundos desconocidos. Como dijera Tomás de Aquino en una admirable frase: “tanto el filósofo como el poeta tienen que habérselas con lo maravilloso”. El arte, el “gran arte”, el “verdadero arte”,¹⁸ aquél que tiene como objeto supremo la belleza o, incluso, lo sublime, conduce al contemplador-destinatario a un estado de encantamiento, de embeleso, de captura de su sensibilidad por algo que lo aleja totalmente de la vida corriente, con lo cual se anula, por un momento, su conciencia cotidiana o “actitud posicional” (como la llamara Husserl) desde la que actúa en el mundo de todos los días y desde la que también reflexiona. El arte -ese “gran arte” al que aquí se alude y se toma como referencia suprema- y la incondicional reverencia que el hombre pueda prestarle, es lo que haría posible a éste la salida de un mundo de “formas imperfectas”, de realidades degradadas y vacuas, de oscuras fuerzas esterilizantes, al posibilitar el despliegue, en la mayor medida posible, de las potencialidades propias de su ser de persona.

Pero no obstante la fugacidad que pueda tener esta experiencia, lo que en ella ocurre es suficiente, más aún, es la clave para que tenga lugar algo de cardinal importancia: renovar y acrecentar las energías vitales y hacer más lúcida la conciencia racional y la capacidad de

¹⁶ Cf. NIEZTSCHÉ, Friedrich. *Humano, demasiado humano*. Trad. Carlos Vergara. Madrid, Ediciones-Distribuciones, 1984, pp. 134-135.

¹⁷ *Ibid.*, p. 136.

¹⁸ Recuérdense las obras de Leonardo da Vinci, de Miguel Ángel, de Gian Lorenzo Bernini, entre otros tantos que constituyen verdaderas cumbres del arte clásico y neoclásico fundamentalmente.

conocimiento. Y esto es así porque las obras de arte son verdaderas “baterías” de energía, verdaderos “acumuladores” de fuerza espiritual, de esa fuerza y energía por la cual individuos y comunidades enteras cobran ánimos para realizar las distintas tareas requeridas por el vivir diario y sienten un aliciente para afrontar los a veces duros y exigentes intercambios con el mundo.

De modo entonces que esa “salida” del mundo, ese trascender el orbe de lo cotidiano, a que da lugar la experiencia estética –ya sea como creación, interpretación o contemplación de las obras de arte- no tiene el sentido de una mera evasión, de una actitud individualista de huida para preservar el propio ser; por el contrario, la superación, el apartamiento momentáneo de la realidad concreta diaria, permite restaurar fuerzas, recomponer la voluntad, recuperar el vigor necesario para retornar a las tareas habituales con el espíritu renovado y con el incentivo necesario para actuar constructivamente sobre las distintas esferas de lo real.

BIBLIOGRAFÍA

- ☞ BERMAN, Marshall y otros. *El debate Modernidad / Posmodernidad*. Comp. y Pról. Nicolás Casullo. 5ª ed. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.
- ☞ CAVALLÉ, Mónica. *La sabiduría recobrada; filosofía como terapia*. Buenos Aires, Planeta / Martínez Roca, 2006.
- ☞ MAIDANA, Susana. “El carácter terapéutico de la filosofía moderna: el escepticismo, la crítica del lenguaje y sus resonancias actual. Descartes, Berkeley y Hume.” Artículos.
- ☞ NIEZTSCHE, Friedrich y Hans Vaihinger. *Sobre verdad y mentira*. Trad. Luis M. Valdés. Madrid, Tecnos, 1990.
- ☞ ----- . *Humano, demasiado humano*. Trad. Carlos Vergara. Madrid, Ediciones-Distribuciones, 1984.
- ☞ QUESADA, Julio. *Un pensamiento intempestivo; ontología, estética y política en F. Nietzsche*. Barcelona, Anthropos, 1988.
- ☞ TURBAYNE, C.M. *El mito de la metáfora*. s/l, FCE, 1962. En: QUESADA, Julio. Op. cit.

Prof. Mgtr. Adelaida E. González Oliver